

»La procesión desfiló por muchas calles, atravesando arcos triunfales, colgaduras..., y llegó á un desembarcadero del Rhin, donde aguardaba una barca espléndidamente decorada que conducía á Apolo tocando la lira, acompañado de las nueve Musas, y teniendo por timonel á Neptuno, el salvador de la villa (alusivo á la inundación). Apolo y las nueve Musas desembarcaron, abrazaron uno tras otro á todos los profesores, los cumplimentaron en bonitos versos latinos, y después se dirigió la procesión á la Universidad, en donde Gaspar Coolhaas pronunció un elocuente discurso inaugural. El acto remató con un banquete.»

¡La Universidad resultó digna y esplendente en verdad!

## XII

### LA ISLA MARKEN

Berlín, 12 de Agosto.

Una de las excursiones más interesantes que hice desde Amsterdam, fué la de la isla

de Marken, situada en la parte occidental del lago Zuiderzee.

Hicimos la travesía en uno de los bonitos y ligeros barcos destinados al servicio de pasaje á lo largo del Amstel. Atracó al embarcadero del mismo hotel donde yo paraba, el Gran Hotel Rondeel, y pasamos á bordo las doce personas que formábamos la expedición.

Silbó el vapor, se puso en movimiento el barco, y, dejando el Amstel, salvamos Zwanenburg y Onde Schans, dos feos y sucios canales, donde estorba á la marcha de todo vapor un gran número de lanchones de transporte. En su ribera derecha se alzan viejas y destartaladas construcciones del barrio judío, y se ven por sus muelles un hormiguero de hombres y mujeres revueltos con asquerosos tinglados, y barricadas de muebles ya sin uso mezclados con ropavejería hedionda; una especie de Rastro, en fin, donde parecen hallarse como en su lugar más apropiado aquellos rostros pálidos, chupados, narigudos y de ojos brillantes, que distinguen aquí, como en todas partes, al desgraciado pueblo hebreo.

Un poco después ganábamos el Oosterdok, puerto henchido de barcos grandes, por entre los cuales se deslizó con rapidez el nuestro; pasamos por bajo de dos puentes más, uno de los cuales sirve de dique y le cruza la línea férrea; atravesamos el gran puerto, y salvando las esclusas, entramos al fin en el Zuiderzee, mar interior de la Holanda, limitado al Norte por la cadena de islas que se extienden desde Helder á Dollard, y al Sur por los costados semicirculares de las provincias de Utrecht y de Gueldren. Este pequeño mar, que tendrá más de cuarenta y cuatro leguas cuadradas, y que se ha formado por invasiones sucesivas del mar del Norte durante los siglos XIII y XIV, es el que trata ahora de hacer desaparecer el pueblo holandés por diques y desecaciones apropiadas; obra gigantesca que requiere mucho tiempo y millones, pero que esta gente acometerá con la fe y el heroísmo de todas sus empresas, segura de que la ampliación que haga de su territorio ha de recompensarla espléndidamente de sus sacrificios y trabajos para conseguirla.

El día era tipo de días holandeses: tristón,

fresco, de cielo gris y con nubes oscuras, que se destacaban suavemente entre una neblina general. Según avanzábamos y el vaporcillo iba ganando en movimiento, debido á que el aire rizaba algo la superficie del golfo, veíamos también diluirse en la niebla, como si fuera una decoración de teatro que se desvanece entre las sombras, los afilados campanarios, las torres, veletas, cúpulas y chimeneas de Amsterdam; los bosques de palos que formaban los barcos fondeados ó sujetos en sus diferentes puertos y canales; los astilleros; las dragas; los trenes que circulan sobre diques y el ejército de los indispensables molinos; todo se desdibujaba lentamente y se disolvía poco á poco en la bruma, hasta el punto de que antes de una hora aparecíamos, á primera impresión, tan alejados de tierra como si nos encontráramos á veinte leguas de la costa.

Sin embargo, una orilla de la que apenas nos separábamos se hallaba á poco más de una milla; pero tan baja, tan al rase con el nivel del mar, y tan despojada de dunas y colinas, que sólo podíamos notarla por los remates de algunas torres ó de algunos mo-

linos, que aparecían de cuando en cuando como si nadaran sobre las mismas aguas, á manera de boyas.

A las dos horas y media de travesía, y después de aguantar una fuerte lluvia, divisamos á poca distancia una lengua de tierra sobre la cual se alzaban grupos de casas en forma de masas negras. El capitán venía metiendo en el agua el bichero, y encontraba fondo á cinco y cuatro pies; escasa profundidad que hubo de chocarme, especialmente cuando supe que este mar generalmente tiene profundidades de dos y tres pies, hasta otros tantos metros, y que me expliqué luego perfectamente cuando recordé su origen.

Costeamos á distancia de la isla buscando la entrada, y media hora después nos hallamos frente á su sencillo puerto, donde se ostentaban, en tres ó cuatro filas apretadas, los palos de la numerosa flota de barcos de pesca, todos los cuales llevaban en lo alto un gallardete; parecían las lanzas gigantes de un escuadrón de húsares que estuviera custodiando la isla. Dos espesas estacadas, una a cada lado, servían de dique para con-

tener el ímpetu de las aguas y dar algún abrigo al puerto.

Apenas saltamos á tierra nos vimos rodeados de niños vestidos con trajes especiales, rubio el cabello, largas melenas caídas á los lados del rostro por delante de las orejas, á usanza de los antiguos galos y germanos, y el pelo sobre la frente recortado á la moderna; sus trajes eran exactamente iguales á los que poco después apreciamos en sus padres.

La blanca y rosada tez de estas criaturas, sus facciones, de belleza extraordinaria, y lo suave y comedido de sus maneras, nos chocaron desde que desembarcamos, y al propio tiempo que íbamos al encuentro del primer grupo de casas, limpiábamos, en su obsequio, nuestros bolsillos de todos los dulces y pequeñas monedas de plata y de cobre que traíamos.

Era día de fiesta, y andaban los niños desperdigados por el campo, por lo cual pronto se arremolinaron en torno nuestro los que hay en la isla, hasta el grado de que á los diez minutos de camino conté más de setenta, todos parecidos en sus rasgos fisonómicos, y todos iguales en sus trajes.

Merecen verdadero interés, cuanto más simple curiosidad, estos habitantes, sea cualquiera el punto de vista desde el cual se los considere, pues constituyen una variedad sin igual en toda Holanda.

La isla apenas está defendida del mar por ligeros diques, y se reduce á una lengua de tierra que mide un kilómetro de ancho y cinco de largo; sus sencillas casas de madera han sido construídas sobre unos montículos artificiales, y algunas aparecen levantadas sobre pilares y estacadas, por el estilo de las paneras de nuestras provincias del Norte de España; canales que se agrandan cuando el mar crece, dividen todavía en algunos pedazos este suelo, en el cual no se ve un árbol.

Los habitantes, cuyo número no llega al de mil doscientos, son todos indígenas, y todos viven y muereñ en la isla, sin tener más trato con los moradores del continente que el comercial; se casan entre sí, con nadie más, y de este modo conservan puros sus rasgos.

Los hombres se consagran principalmente á la pesca; el domingo por la noche arreglan

su barca y se lanzan al golfo, del cual regresan en la mañana del sábado. Las mujeres, rodeadas de una prole numerosa, hacen en casa todas las faenas propias de su sexo, y además suplen á su marido en las de cuidar de las labores agrícolas..., porque la isla produce juncos, cereales y pastos, no sólo para mantener las 300 vacas y 500 terneros que aproximadamente tienen, sino para alimentar 3.000 cabezas de ganado.

Los niños van todos á la escuela, en donde se da enseñanza á la cifra, enorme proporcionalmente, de doscientos. De este modo se explica un hecho: la extraordinaria cultura de estos habitantes, pues todos saben leer y escribir. Su religión es la reformada.

Los hombres visten casi exactamente igual que nuestros maragatos: sombrero redondo, jubón ceñido, que deja ver una camisa abotonada en el cuello con gruesos botones, calzón ancho y de grandes pliegues hasta por debajo de la rodilla, medias azules y almadrerías; todo el traje es de paño ó estameña negra; algunos llevan gorra, y he visto dos con sombrero de copa; ¡figura más rara!



Las mujeres lucen un traje lindo y pintoresco, que parece semioriental; sobre la cabeza, un gorro blanco apuntado á manera de mitra, echado hacia atrás, les tapa completamente las orejas, y desciende hasta la nuca, adornada con algunas puntillas. Dos largas crenchas de cabello caen por los lados del rostro hasta el seno, y encima de la frente, como ya he dicho, una á modo de visera de cabellos cortados horizontalmente.

Llevan justillo sin mangas sobre un cuerpo ceñido, prendas de color alegre, generalmente el rojo con adornos de flores; dibujos blancos cubren su pecho hasta la cintura, desde donde se desprende, ampulosa y rica de pliegues, una falda siempre oscura, puesta sobre otra mucha ropa interior; medias azules y almadreñas blancas completan el traje.

Con escasas variantes, es el traje de todos los habitantes, el de todos los días y el que conservan sin alteración hace siglos.

Sus casas, de las cuales visitamos algunas, son de una sencillez y de una limpieza encantadoras; domina, como lujo ostensible, la riqueza de platos, que en largas y brillan-

tes filas se corren por todas partes; sus camas están dispuestas en camarines incrustados en el muro, y se advierte un *confort* que contrasta con la sencillez del exterior.

.....

La lluvia nos arrojó de la isla antes de lo que deseábamos; y cuando, ya en movimiento el vapor, veía desvanecerse entre la niebla aquellas casas de paredes verdes y oscuras, de tejas encarnadas y aristas blancas, el divino ejército de criaturas, los serios pescadores que nos seguían con la vista desde el puerto, y el bosque de palos de la flota de lanchas, me sentí verdaderamente enternecido, y tuve como asomos de envidia á unos habitantes que viven en bella armonía, y á quienes la Naturaleza dotó de gran belleza física, no conocen apenas ricos ni pobres, nada apetecen, se contentan con lo que su trabajo les da, alcanzan larga vida, y para que la desigualdad de condiciones ni siquiera ofenda á sus sentidos, hasta carecen de montes y de árboles en derredor.

Allí se conservan las tradiciones y los recuerdos, heredados como un depósito sacratísimo. A una pobre mujer cuya casa

visitamos, le propusimos vender un objeto, y respondió con una energía en la que se marcaban, al par que una resolución inquebrantable, como cierta sorpresa por nuestro atrevimiento:

— No, señor, ¡si me lo han dejado mis padres!

### XIII

#### MÁS ACERCA DE HOLANDA

Berlín, 16 de Agosto.

Siendo mi propósito ocuparme, en otro lugar, de las Universidades y hospitales alemanes, es decir, de la enseñanza que da la nación más adelantada del Mundo en este género de estudios, estimo incongruente descender á referencias y descripciones sobre la manera de ser Holanda, país relativamente de escasa importancia, bajo tal concepto.

Tiene hoy esta nación cuatro Universidades, en las siguientes cuatro capitales: Amsterdam, Leyden, Utrecht y Groninga; y de

todas ellas, al menos en Medicina, creo puede decirse que reflejan, aunque modestamente, las grandes inspiraciones que reciben de su poderosa vecina, la Alemania.

Sin profesores que por su renombre puedan considerarse herederos de la fama universal del gran Boerhaave, con Literatura propia escasa, y ésta poco conocida, nutriéndose de lo que Francia y Alemania producen, y sin hospitales extraordinarios, disfruta de una digna condición mediana, de una burguesía decorosa y apreciable, que merece el saludo afectuoso del hombre culto, pero no su admiración, que ha de reservar para creaciones muy superiores, algunas de las cuales espero han de ocuparme con toda la extensión que permitan la índole de mis cartas.

Mencionaré, sin embargo, como dignos de aplauso, los hospitales generales de Amsterdam y El Haya, Rotterdam y Leyden, que he podido examinar, no igualados, cuanto menos superados por los de nuestro país, entre los cuales no creo haya alguno de mérito que desconozca, y atendidos y dotados más espléndidamente que lo están los nuestros.

De la Beneficencia, mucho y muy bueno podría referir; ya he tenido ocasión de celebrarla, y me limitaré á confesar que jamás olvidaré la gratísima impresión que me produjo la visita que hice al Hospicio de Ancianos de Amsterdam, uno de los cien establecimientos benéficos de la apreciable villa, y una de las páginas más gloriosas y admirables entre las muchas que la cultura de este país puede presentar al examen de todos los que pretendan conocerle y quieran amarle como se merece. En dicho ramo quizás sea una de las más adelantadas capitales de Europa y una de las que más enseñanzas encierra; dígalo también, si no, la organización de sus hospicios para ciegos, los cuales derraman beneficios tan estimables entre seres ya por naturaleza desgraciados.

\*  
\* \*

En verdad que sería un olvido punible, despedirme de Holanda sin tributar un recuerdo á sus Museos de Pintura, donde tan buenas impresiones he sentido, y en donde aun todo espíritu medianamente observador

puede sorprender, con facilidad, los rasgos más característicos de aquella escuela justamente afamada, que supo inspirarse en motivos nacionales, que supo expresar con extraordinaria delicadeza y maestría sentimientos, tipos, costumbres y panoramas tan conmovedores, y en donde palpitan aún, con la expresión de un fenómeno viviente, desde las más grandes preocupaciones hasta los más nimios y populares recreos de los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII.

Creo, con un ilustrado crítico, que frente á la escuela italiana no se puede presentar otra con más títulos de escuela legítima que la holandesa, porque, efectivamente, no se necesita ser muy grande autoridad en el divino arte de Apeles, para comprender, con pocos Museos holandeses que se visiten, que este país ha tenido coloristas tan especiales como Rembrandt, á nadie de otros pueblos parecido; ha buscado tonos, fuentes de inspiración y temas propios; y ha tenido excelencias y defectos muy diferentes de los que caracterizan la Pintura de los otros países. Ninguna escuela ha dado un contingente de paciencia como el que representan casi todos

los cuadros de Holanda: la pintura de los animales en Potter; de las marinas en Van der Velde; de los países melancólicos de Holanda en Ruysdael, Van der Meer, Cuyp; de las escenas cómicas en Steen; de los combates en Wouverman; de las hermosas y delicadas flores salpicadas de gotas de rocío en muchos, y de la vida doméstica en otros no menos afamados maestros y representantes, no han encontrado superioridad todavía.

Su estilo, su entusiasmo, la delicadeza de sus tintas y la minuciosidad correctísima de sus apuramientos chocan en tal grado, que despiertan la idea de una raza de pintores distinta de la que hoy día existe, y muy superior, sin duda, á la que actualmente puede presentar Holanda.

Los cuadros magistrales de Rembrandt *La ronda de noche* y *La lección de Anatomía*, que poseen los Museos de Amsterdam y El Haya, son de una fama universal y fijan siempre la atención de los visitantes, produciendo en ellos un embeleso indescriptible.

De las demás escuelas poseen muy poco los Museos holandeses; son, por consiguien-

te, sólo verdaderos Museos de la edad de oro de la Pintura de los Países Bajos.

\*  
\* \* \*

La estación que atravesamos mantiene aquí, como en todas partes del Mediodía de Europa, cerrados los principales teatros, y por este motivo no he podido curiosear suficientes coliseos, ni apreciar bastantes actores para formar juicio, que á mí propio pudiera satisfacer, sobre el teatro holandés.

Deduzco, sin embargo, de lo poquísimo que he visto, que les ocurre lo mismo que con la Ciencia y la Literatura en general: beben en fuentes francesas y alemanas, principalmente en aquélla, cuando se trata de placeres.

Así, en su Teatro Edén, de Amsterdam (cuyo nombre propio no recuerdo ahora), se dan espectáculos del género *Folies-Bergère*, aunque con público irreprochable en absoluto; he visto y escuchado el conocido drama *Fedora*, de V. Sardou, vertido al holandés, en el Grand Théâtre, y he podido conocer una de las primeras actrices de Ho-



landa en el género dramático, Frenkel-Bowmeester, dotada de una de esas figuras esculturales que llenan la escena, y de superiores facultades para la expresión de sentimientos vivos, de situaciones solemnes, de arranques pasionales, y para bordar con una delicadeza y naturalidad extraordinarias esos detalles que realzan los pasajes de una acción cualquiera.

Otra función, también de origen francés, género zarzuela, tuve ocasión de ver en el teatro Frascati, *La Princesa de Canarias*, de Lecoq, (*De Canarische prinses*); abunda en situaciones graciosas su disparatado argumento, que se supone desarrollado entre altos personajes españoles, de lo cual no me hubiera enterado si no me hubieran obligado á fijarme en ello los nombres de Pepita, Catalina..., y sobre todo, ver que el tercer acto se desarrollaba en los pasillos de una plaza de toros, cuyo redondel aparece más tarde ante el público en toda su magnificencia sin más que correr unas cortinas que tapan el fondo.

Los detalles decorativos eran tan *salados* como el argumento: á la derecha había una

puerta que servía de *paso para los toreadores*, y á la izquierda otra puerta que conducía á la *lonja real*, lugar que al pronto hubo de parecerme nuevo, pero que después pensé quería decir *palco real* (*loge royal* en francés), lo cual debía haberseme ocurrido en seguida al ver cómo entraban y salían por allí princesas, generales, dignatarios...

El cuadro final es... *charmant!* un desbordamiento de poesía taurina. La plaza, las barreras y tendidos, todo aparece al público, y, además, en el centro de la escena una masa que quiere representar un toro muerto, que tiene encima al torador con una espada de cazoleta clavada en la barriga; la princesa baja electrizada por aquella suerte, coge al espada de la mano y se casa con él. Yo no sé de dónde diablos habrá tomado el autor la idea de que nuestras personas reales se tratan tan llanamente con los toreros, y se casan con los espadas; en fin, la escena gusta y el público la aplaude.

Esta bromita acerca de nuestra fiesta nacional sólo se le podía ocurrir á un francés; y la verdad es que cuando recuerdo lo que nuestros vecinos nos satirizan; la guerra que

han hecho; los daños que nos han producido; el menoscupio con que siempre nos han tratado, y de otra parte observo el entusiasmo con que acuden á nuestros espectáculos siempre que pueden; las corridas de toros de Nimes; las que hace dos años presencié en Montpellier, á poca distancia de su Universidad, antes tan famosa y hoy tan decaída, y las defensas que de estos espectáculos se leen de cuando en cuando, en periódicos tan acreditados como *El Figaro*, me digo:

— Tendréis plazas, porque la levadura taurómaca se os va metiendo en la sangre; encharcaréis la arena con sangre; aplaudiréis rabiosamente, y entonces... nos habremos vengado de todas vuestras partidas serranas.

#### XIV

#### BERLÍN

Berlín, 20 de Agosto.

Desde Holanda me dirigí á la capital de Alemania; el tren directo, que nos tomó en

Amsterdam á las nueve de la mañana, nos dejó á las diez y media de la noche en Berlín. Durante mi trayecto por las provincias de Utrecht, en Holanda, miré con cariño aquellas llanuras, canales y molinos que tal vez no volvería á visitar, ó tardaría mucho tiempo, en el caso contrario, y de las cuales tan gratas impresiones llevaba. Más tarde, y á medida que nos aproximábamos á la frontera alemana, el terreno iba desnaturalizándose, y suaves colinas quebraban ya las llanuras.

\*  
\* \*

Llegué por la noche á Berlín, atravesé por medio del parque de la Exposición de Higiene, recargado de luces eléctricas, y paró el tren en la estación de *Friedrichsstrasse*; próximo á ella se halla el Gran Hotel Central, donde me instalé. Era ya avanzada la noche, y no hice más que comer y acostarme.

Al día siguiente, bien temprano, andaba ya recorriendo en coche las calles de la ciudad. Aun cuando me habían dicho que

Berlín es una ciudad tan monótona y aburrida que despide pronto al viajero, sin embargo, ya al entrar en ella hubo de chocarme la grata impresión que me produjeron sus largas, rectas y amplias calles, el aspecto grandioso de sus construcciones, el gran número de sus edificios monumentales, la profusión y riqueza de sus estatuas, la hermosura de sus parques y la magnitud de sus plazas..., además, como un cielo entre bueno y malo, que si á veces vomitaba lluvia, también á veces inundaba de Sol la tierra, me permitió ver de primera impresión la ciudad alegrada por Febo, animadas sus calles, pero sin esa insoportable circulación de París, y brillantes los uniformes militares..., me convencí en seguida de que Berlín debía ser más apreciable de lo que generalmente se cree.

Trece días he permanecido en la ciudad, y aun cuando sean muy escasos para conocer lo que encierra de notable, han sido bastantes para que pueda formarme una idea de varias grandezas de este pueblo; y sobre todo, de dos de las más principales en un país ilustrado: la grandeza de su enseñanza

y la de sus hospitales, de los cuales puedo asegurar que son estupendos, inconcebibles, adorables, superior á cuanto yo esperaba ver, porque este país no cesa un momento de crear, con esa solidez de juicio y ese monstruoso esfuerzo que, en otro orden, anuncian tan ruidosamente sus triunfos militares.

Para el mejor éxito de mis propósitos, he tenido la gran suerte de encontrar aquí tres compatriotas y amigos: los Sres. D. Alejandro Torres y D. Julio Castillo, médicos de Sanidad Militar, y el Sr. D. Vicente Cabello, médico de la Armada, comisionados para estudiar el material sanitario de guerra de la Exposición Internacional de Higiene que se celebra. Ellos, tres, y yo, uno más, cuatro, formamos una colonia médica española, de la cual se hizo cargo el ilustrado médico primero del Ejército prusiano, doctor Körting, dirigiéndonos, acompañándonos, franqueándonos por todas partes la entrada en los hospitales civiles y militares, y esmerándose en complacernos, ilustrarnos y facilitarnos lo difícil de nuestro propósito con grande interés y solicitud.

Y dejando para tratar luego, con mayor